

II.

Definitivamente habian cesado las vacilaciones de los Estados-Unidos, y ante la faz del mundo tendieron la mano á nuestro gobierno, retando á la Francia en nombre de la inviolabilidad del continente americano.

Si en esta determinacion habian influido las razones de Estado que tenia el gabinete de la Casa Blanca para restaurar su popularidad, y el deseo de tomar la revancha por la proteccion que pretendió dar el gobierno de las Tullerías á la causa separatista, es indudable que tuvo tambien un gran participio en conciliar á México las simpatías del Norte la política de Romero, nuestro ministro en Washington.

Romero pertenece á los hombres de esa época: hoy es vivamente atacado, pero yo no hablo de la historia del presente, y de los hechos pasados se puede ya formar un juicio intachable.

Don Matías Romero es uno de esos hombres que saben elevarse solos, porque su fortuna política es hija de sus propias obras. De baja talla, de cabeza voluminosa orlada de un pelo siempre flotando en desórden al derredor de la parte alta del cráneo encalvecido prematuramente, de lengua barba, de tez pálida, de ojos vivísimos, de labios delgados y contraídos en su comisura por una sonrisa llena de inge-

nuidad, el jóven abogado no revela en su fisonomia ni en sus finas maneras toda la energía de que es capaz.

Y sin embargo tiene una voluntad de acero y una resistencia para el trabajo que asombra. Ambicioso de gloria, consagrado á la política, no tiene mas negocio que ese en la vida, y marcha recto á su objeto, sin pararse en las dificultades y sin detenerse por la grita que se levanta á su paso. Los caracteres de este temple siempre llegan á su fin.

Con estas dotes, y dedicado esclusivamente á obtener la parcialidad americana en favor de su patria, luchando sin cesar, con un tino y una prudencia admirables, Romero logró al fin insinuarse en la intimidad del gabinete de Washington, y hacer que este dispensara al gobierno de México todas las atenciones de su rango y las simpatías que merecia por su heroismo.

Romero será hoy y mas tarde lo que se quiera: pero es innegable que sus trabajos en la legacion bastan para conquistarle la gratitud de su país, y un lugar muy alto en la historia nacional. Porque admira que un solo hombre haya podido llevar acabo esa empresa y atendiera á los mil incidentes que entónces se presentaron: y no debe olvidarse que áquel principiante en la carrera diplomática no tuvo jamás un desliz, ni cometió un solo error ó imprudencia, siendo todas sus notas perfectamente correctas y dictadas con suma habilidad: y recuérdese la situacion en que nuestro ministro funcionaba, situacion durante la cual habian hecho fiasco los mejores hombres de Estado europeos.

Con tan buen auxiliar en la República vecina, pudo el gobierno constitucional atender mejor á organizar la lucha en el interior del país.

Dejé á Juarez en el Paso: á la fecha en que llego ya en mi historia vuelvo á encontrarlo en Zacatecas.

Si algunas horas tuvo que salir de esta ciudad por el ataque de Miramon, derrotado este en San Jacinto, pudo Jua-

rez volver á ella, para ir de allí á San Luis Potosí, adonde estableció definitivamente la capital provisional de la República.

Ya entónces existia el ejército del Norte: de una pluma da voy á hacer la hoja de servicios de ese cuerpo del ejército nacional.

La intervencion habia llegado hasta las fronteras de nuestro territorio: la lucha parecia sofocada.

El día 7 de Marzo de 1864 cruzaron el Río Bravo el general Escobedo, los coroneles Naranjo y Gorostieta, y cinco oficiales mexicanos: iban á luchar contra la intervencion y el imperio. Aquel absurdo se realizó, y tres años despues esos hombres hacian prisionero al emperador.

Escobedo es un hombre alto, delgado, de grandes piés y grandes manos, cara larga encajada en una espesa patilla, pómulos salientes, ojos pequeños siempre lacrimosos, y orejas muy pronunciadas. Hans ha estado muy feliz al retratarlo diciendo que se asemeja á un mercader judío de la edad media.

Escobedo es tambien una gran figura en nuestra historia: su patriotismo no tiene una tacha, y sus servicios á la República no tienen número. Sin instruccion alguna; pero de una inteligencia muy clara y de una perspicacia admirable, llegó á fuerza de valor, de constancia y de genio militar, á ser una de las primeras espadas de la República: los conservadores no le perdonan que haya vencido á sus mejores generales agrupados en torno de la República.

Este fué el núcleo de aquel ejército. Durante tres años, enmedio de la miseria mas horrible, sin desalentarse por las derrotas, obteniendo á veces triunfos de donde sacaba el material de guerra; así llegó Escobedo á formar la division que derrotó á los imperiales en Santa Gertrudis, quitándoles el convoy que conducian.

Desbaratado el cuerpo de ejército de Mejía, Escobedo

lanzó sus tropas sobre los franceses obligando á Jeaningros á retirarse á Monterey.

Entre tanto, y de resultas de la derrota de Santa Gertrudis, Mejía habia capitulado en Matamoros, entregando la plaza á Carbajal: esta capitulacion no fué aprobada por el gobierno constitucional, y este nombró á Tápia para que fuera á reducir al órden á Canales que se habia pronunciado en el puerto.

Canales tambien desconoció al nuevo gobernador: esto trajo un conflicto que enervó la consecucion de la campaña, tanto mas cuanto que Tápia murió frente á la ciudad que sitiaba, atacado del cólera.

Allí estaba entónces Leon Guzman, para completar el grupo de los republicanos que consumaron la grande obra de la reforma y la independendia; tengo que detenerme en él.

Guzman apareció en primer término entre nuestros políticos, en los momentos solemnes del conflicto entre el Estado y la Iglesia.

Alto, escesivamente delgado, cuidando con exageracion el aseo de su persona, con su piel tostada por la prolongada exposicion á un sol ardiente y al viento acre de nuestros campos; Guzman, con sus maneras llenas de finura y galantería, con su vasta instruccion y con su juicio tan recto y tan severo, no parece el reformador audaz que mas trabajó por romper las tradiciones del pasado. Y sin embargo fué el iniciador de todos los grandes principios que formuló la Constitucion de 57.

Despues de las conmociones que trajo el golpe de Estado, restaurada la república, y cuando luchaba con las tendencias de la intervencion, en los meses de Mayo y Junio de 1861, ocupaba Guzman el ministerio de relaciones y gobernacion. Allí, él fué el primero que sorprendió la mala fé de Saligny, denunciando en la cámara, cuando fué inter-

pelado, la política agresiva del ministro francés, protestando que jamás reconocería el crédito Jecker, que era la constante aspiración del representante de Napoleón III. Guzman obtuvo, además, el asentimiento de los ministros inglés, americano y francés, para suspender el pago de las deudas que no procediesen de convenciones diplomáticas, cuya suspensión se decretó en Junio de 1861 sin oposición alguna. Pero cuando se trató de suspender el pago de las convenciones Guzman se opuso, porque comprendió que esto sería el pretexto capcioso que buscarían las potencias europeas para el rompimiento que deseaban: el gobierno insistió sin embargo en esa idea, y Guzman se separó del ministerio.

Entonces se retiró de la vida pública, y se dirigió á la frontera del Norte. Y él, tan honrado y tan íntegro, que por su rectitud catoniana jamás ha salido de los altos puestos sino pobre como llegó á ellos, se hizo labrador.

Allí, laborando su campo, lo encontró la guerra de intervención. Eran los días de la inmensa calamidad nacional, cuando se había perdido no solo el territorio entero, sino hasta la esperanza de recobrarlo. Entonces los patriotas que aun deseaban combatir se dirigieron al retiro de Guzman, y allí se formó el cuartel general de la insurrección, y de allí salieron las fuerzas de Garza, Martínez y Méndez, y todo el apoyo moral y la inducción que necesitaron Naranjo, Aguirre, Cortina y el valiente, el modesto Zepeda.

Más tarde, obsequiando la invitación de los generales Escobedo y Negrete, tomó un participio más activo en la lucha, pasó á Tamaulipas, y puso á disposición del segundo las fuerzas con que contaba en el Estado, y con ellas concurre al asedio de Matamoros. Esta operación se malogró, gracias á la actitud que tomaron las tropas confederadas del Sur, que ocupaban la orilla americana del río. La

retirada de Negrete trajo el fraccionamiento del ejército, del cual se separó Guzman tornándose á Nuevo-León.

Después de aquellos desastres vino la reacción, y con ella los triunfos que antes he contado, hasta arrojar los restos del ejército imperial, hecho pedazos, al centro de la República.

Y la victoria hubiera sido más rápida sin el pronunciamiento de Canales. La muerte de Tápia vino á complicar más la situación.

Los jefes y oficiales de aquel cuerpo de ejército proclamaron á León Guzman general en jefe, y el mismo Escobedo lo nombró como tal; pero él declinó este honor, haciendo que se encargase del mando el general Vega, como más caracterizado.

Poco después llegó Escobedo con nuevas fuerzas, y al fin, después de mil incidentes provocados por la intervención del jefe americano Sedgwick, que ocupó la ciudad y se puso de parte de Canales, se obtuvo la sumisión de los rebeldes.

Así fué posible ya atender á la perfecta organización del ejército republicano, el cual avanzó hasta San Luis, y después de las jornadas de San Jacinto y la Quemada, pudieron marchar por el camino de Querétaro hasta San Miguel y Santa Rosa.

La situación de la República había cambiado. La victoria se cernía sobre sus batallones, y estos avanzaban triunfantes desde las fronteras y las costas del país, hacia el interior, estrechando sus anillos de hierro, y ahogando en ellos á sus enemigos.

Corona había pasado ya de Jalisco, Guanajuato había sido reconquistado, Michoacán y el Sur estaban en poder de los liberales, Oaxaca había sido tomada por Porfirio Díaz, todo el Estado de Veracruz, menos el puerto, lo regían las autoridades nacionales, y en suma, solo quedaban á Maxi-

miliano las tres ciudades Puebla, México y Querétaro, y un radio muy pequeño fuera de ellas.

Marcados así estos hechos, aunque con la rapidez á que me obliga el tiempo, voy á llevar á mi lector á que presencie el formidable choque de esos dos enemigos jurados, la República y el Imperio.

Aquello iba á ser un combate homérico.

Maximiliano habia logrado reunir en torno suyo cerca de doce mil hombres, y de organizarlos rápidamente.

Los imperialistas, al ver reunido aquel ejército realmente importante, y en el cual habia divisiones como la de Mendez que habian hecho una campaña feliz, sintieron renacer su esperanza.

Así es que, al anunciarse la llegada de los republicanos, se hicieron todos los preparativos que indicaban la intencion de salir á batirlos.

En efecto, en la madrugada del día 6 de Marzo, la ciudad se encontró sola: el ejército imperial habia salido, y solo quedaban las guardias de servicio.

Al punto se creyó que el emperador tomaba la iniciativa operando sobre el cuerpo de ejército del Norte, cuya fuerza era casi igual en número, tratando ya de batir al ejército nacional en detall, ya de impedir la reunion de Escobedo con Corona, á quien se suponía en Celaya.

Sin duda que este plan era el mas hábil, y quizá su realizacion hubiera cambiado la faz de las cosas, si no haciendo triunfar al imperio, prolongando al menos su caida.

Pero Márquez se opuso á esa combinacion, y se decidió á esperar al enemigo fuera de la ciudad, pero apoyando en ella su retaguardia.

Lo que mas impacientaba, era aquel enemigo que no se

veía, tendido como estaba detrás de la cadena de montañas que amurallaban el costado Norte de la ciudad.

El pueblo de Querétaro, agitado con la expectativa de un gran acontecimiento, apenas lució el dia, subió á las alturas interrogando el horizonte.

Pero entónces solo encontró, con gran sorpresa suya, al ejército imperial tendido en una gran línea de batalla del Poniente al Norte, línea doblada en su mitad, formando un ángulo cuyo vértice era el cerro de las Campanas, y cuya base estaba cerrada por la ciudad.

Así permaneció todo el dia.

El cerro de las Campanas se fortificaba rápidamente: de la ciudad se conducian adobes y madera, y los presos por delitos comunes servian de peones á los ingenieros.

El cañon estaba mudo, y ni una polvareda lejana anunciaba la presencia de los liberales.

Al dia siguiente el ejército imperial habia hecho un movimiento, pero era retrógrado. Su ala derecha, que estaba tendida sobre el cerro de San Gregorio, se reconcentró á la orilla del rio, apoyándose en las casas de la ciudad.

Escobedo era bastante hábil para aprovecharse de aquella inmensa falta, y mientras divertia á los imperiales pasando una gran revista á su caballería en el campo de San Juanico, y á su frente, ordenó á Corona reconociese el Sur de la ciudad, pasando detrás de las colinas adonde termina el Cimatario, cubriéndose siempre, pero llegando hasta el camino de Amealco. Y á la vez volteó la posicion por el Este, enviando en la noche por el camino de la Sierra, dos baterías, lanzando á la vez las caballerías de Carbajal y Rivera al camino de México.

Doria, con los cazadores de Galeana, el 2º de Guanajuato, y el 3º de San Luis, quedó encargado de este movimiento, mientras que una brigada que conducia Rocha, hacia

una marcha de flanco para proteger la artillería y comenzar la operacion.

Al dia siguiente, la cresta de los montes del Oriente estaba erizada de soldados y cañones, abocados sobre la ciudad.

Márquez quedó aterrado, porque no comprendiendo el primer movimiento del enemigo, creyó que se retiraba, cuando lo vió aparecer sobre la Cuesta China.

Así quedaron cerrados á Maximiliano los tres grandes caminos de la ciudad.

Miramón entonces con una brigada ligera, quiso reconocer el Oriente, y llegó hasta la fábrica de Hércules, de donde volvió en la tarde: en la ciudad se contaba que habia hecho retroceder á los liberales barriéndolos de la montaña; sin embargo, no se habia oído un solo tiro.

A la hora del crepúsculo brilló un relámpago, y una granada vino á reventar sobre la iglesia de la Cruz. Minutos despues otra granada sucedió á la primera, pero describiendo una parábola mas estensa, y otras dos ó tres estallaron despues ya en el centro de la ciudad. Era la artillería liberal que ensayaba sus punterías.

Ya establecido este campo, volvió Doria al cuartel general á encargarse del mando de la reserva que le confiara Escobedo.

Pero tambien debo consagrar dos palabras á Doria. Si este pequeño trabajo mio ha de pasar á la posteridad, quiera por estar ligado á la notable obra de Kératry, quiero que con ella pase á la historia el nombre de ese jóven que tantos servicios prestó á su país: en esto cumplo con un deber de corazon.

Juan Doria era alto, de busto romano, de formas hercúleas, blanco, frente despejada, las mejillas azuleando con la huella de su abundante barba siempre rasurada, los labios un poco gruesos cubiertos por un espeso bigote casta-

ño, la nariz recta, un poco grande, y algo encorbada, los ojos grandes, fijos, interrogativos, y lanzando esa mirada enervante que ha dado el triunfo á muchos duelistas. En sus ojos hubiera leído un médico los preludios del mal que lo llevó al sepulcro.

Tenia el tipo de un arrogante soldado: y sin embargo, era apenas un abogado de clara inteligencia, de una admirable memoria, de sumo juicio, y sobre todo de una alma de niño por la sencillez, y de un corazon de mujer por el sentimiento. Aquel jóven de 28 años que se batia como un leon, no podia ver una miseria sin tenderle la mano, ni un dolor ajeno, sin sentir que una lágrima humedecía sus párpados.

Era un perfecto ejemplo del patriota entusiasta, del ciudadano probo, y del leal caballero.

Desde el principio de la guerra de intervencion, abandonó su bufete de abogado, y se presentó á Escobedo, á cuyo lado permaneció siempre sirviéndole de secretario de guerra, y combatiendo á la cabeza de sus terribles cazadores de Galeana, que habia organizado él mismo.

Y jamás desmayó en medio de las derrotas, de las fatigas y de la miseria horrible en que estaban hundidos todos los defensores de la independencia: resistió como bueno aquellos largos años de prueba.

Como el torrente de los sucesos me va á arrebatarse en sus rápidas ondas, y no podré detenerme mas en personalidad alguna, permítaseme que abra un paréntesis, y dentro de él salte dos años mas allá para acompañar á Doria hasta su agonía. No se me dirá que adulo; ¿qué puede darme un muerto á quien muchos han olvidado ya?

Despues del triunfo, cuando se procuró mejorar la suerte de los prisioneros de Querétaro, Doria cooperó mucho á ello. Yo tuve la honra de intentar que se concediera el perdón á los condenados á muerte, y nada habria podido lograr sin la filantrópica adhesion á aquella obra salvadora.